

7904
195
José María G.^o de Echávarri

(Doctor Cev)



**EL SOCIALISMO
Y LA CARIDAD CRISTIANA**



MEMORIA

que obtuvo el segundo premio
en los

Juegos Florales del Ateneo de Vitoria

(Con censura eclesiástica)

MDS 9803

NO SE PRESTA

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000210116

MDS 009803

T = 77820

R
13848

C. 210.116

El Socialismo

y

la Caridad Cristiana



El Socialismo y la Caridad Cristiana

MEMORIA

QUE OBTUVO EL SEGUNDO PREMIO EN LOS JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS POR EL ATENEO DE VITORIA

EN AGOSTO DE 1895

POR

D. José María González de Echávarri y Vivanco

Abogado,

Inspector letrado del Timbre de la provincia de Logroño

y ex-Director de varias publicaciones católicas



LOGROÑO

Establecimiento Tipográfico de LA RIOJA, Sagasta, 25

Teléfono número 7

1897



Al Excmo. é Illmo. Sr.

Sr. D. Ramón Fernández de Pierola y López de Ezuriaga

Obispo de Vitoria, Caballero Grande Cruces de Isabel la Católica y Carlos III
Senador del Reino, etc. etc.

*Respetuosamente dedica este
humilde trabajo*

El Autor.



Hay un sello que dice
OBISPADO DE VITORIA



†

Por las presentes, concedemos á V. nuestra licencia para que pueda imprimir y publicar el adjunto manuscrito intitulado El Socialismo y la Caridad Cristiana, toda vez que según la censura, nada se halla en él contrario al dogma católico y á las buenas costumbres.

*Dios guarde á V. muchos años. —
Vitoria, 30 de abril de 1896.*

El Obispo de Vitoria

REG. FOL 423

Sr. D. José María G. de Echávarri. — Vitoria.



TEMA II

La Caridad cristiana es el medio más eficaz para resolver el problema social.—Consejos que la sabiduría de nuestro Santísimo Padre León XIII ha dado á los católicos en esta materia

I

Estado actual de la cuestión.—El Socialismo en los antiguos tiempos.—Platón y su República.—Aristóteles.—El Cristianismo.—Modernos socialistas.—Moro.—Campanella.—Rousseau.—Saint-Simón.—Bazard.—Ovven.—Proudhon.—Winkelblad.—Lasalle.—La Condesa de Hatzfeld.—Kal Marx y Bakounine en la Internacional.—Doctrinas de estos autores.—Modernos Congresos.

Pavoroso y desconsolador en extremo es el cuadro que la sociedad actual presenta á los ojos del observador y á la perspicaz inteligencia del filósofo.

Un sistema, si antiguo en sus disolventes principios, moderno en sus extravagantes aplicaciones, trata de implantar el credo de su programa en la sociedad en que vivimos. Este es el Socialismo.

Desde que el hombre es hombre, y por consiguiente desde que la sociedad existe, pueden reducirse á dos los caminos emprendidos por la humana criatura en el orden social: ó se ha exagerado el fin y facul-

tades del individuo haciéndole caer en una asquerosa egolatria, ó por el contrario se ha elevado tanto la acción del Estado, que ha venido á negarse en último resultado la individual personalidad.

Individualismo y Socialismo; he ahí las dos escuelas ó sistemas que desde tiempo inmemorial se disputan el dominio de la sociedad.

En antiguos tiempos, Platón trata de implantar el Comunismo con su célebre *República*. En esta se sacrifica el interés particular á la soberanía absoluta del Estado; éste interviene en los actos todos de la vida individual, en el culto, en la sociedad doméstica, en la educación y hasta en el baile, de gran importancia en aquellas edades; proclámase la promiscuidad de las mujeres y de las madres; suprímese el pudor, y niños y niñas desnudos introdúcense en la *palestra*. Tal es la *República* de Platón, que al terminar con la naturaleza humana engendra, en lugar de sociedad, un mónstruo indescriptible.

Tan despreciables como las de Platón, son las doctrinas de Aristóteles sobre la Sociedad; según ellas, el ciudadano es del Estado y la libertad individual no existe. La esclavitud es consecuencia de la naturaleza humana, pues unos nacen para ser libres y otros para ser esclavos. La madre, según los aristotélicos, no tiene el ineludible deber de educar religiosa y moralmente al hijo; dicha obligación pertenece única y exclusivamente al Estado ¡Es posible monstruosidad mayor! ¡Y pensar que tales afirmaciones son hijas de los grandes filósofos de la antigüedad!

Pero, por ventura, ¿tuvieron eco estas falaces doctrinas? ¡ah! si el Hijo de Dios no hubiera muerto en la Cruz, tal vez hubiesen conseguido lo que se proponían sus autores; pero Cristo derramó su sangre, y la luz

del Evangelio, iluminando vivamente las inteligencias, fué el gigantesco dique que evitó el desbordamiento de aquellas agónicas y decayentes sociedades. Cristo fué quien, proclamando la igualdad ante Dios, terminó de una vez y para siempre con la odiosa y despreciable esclavitud tan ponderada por los aristotélicos. Él fué el que proclamó la caridad como el más firme pedestal de las Sociedades. *¡Oh Padre Santo!—le dice al Eterno Padre—guarda en tu nombre á estos que tú nos has dado, á fin de que sean una misma cosa por la Caridad, así como nosotros lo somos en la naturaleza.*

El Cristianismo fué, pues, la clave de aquel enigma que por tantos medios trataron de descifrar los antiguos, y es hoy, sin género de duda, el puerto salvador á que tiene que acudir la sociedad del siglo XIX si no quiere perecer en el terrible naufragio que se avecina.

Sin embargo, ¿terminaron con la aparición del Cristianismo las tendencias comunistas y socialistas que, en anteriores tiempos, informaron las obras de los más célebres filósofos? Triste es confesarlo, pero no sucedió así. Ni los desengaños de Platón, ni las enseñanzas del Evangelio fueron suficientes para evitar que en posteriores tiempos, nuevos utópicos autores tratasen de implantar dichas doctrinas. *Tomás Moro* con su *Utopía* en el siglo XVI, el monje *Campanella* en el XVII (1) y en el XVIII *Morelly* y otros muchos, son buena prueba de ello.

(1) Para que nuestros lectores puedan formar idea de las tendencias y principios de estos antiguos sistemas, vamos á transcribir lo que sobre *La Ciudad del Sol*, del fraile dominico Campanella, dice un autor bastante conocido.

«Las ciudades de los *solares* ó habitantes del Sol son grupos de vastos conventos; en los cuales los hombres y las mujeres viven sujetos á una regla inflexible. La Sociedad entera hace voto de frugalidad y de pobreza; de suerte que cua-

J. J. Rousseau, proclamando la más absoluta igualdad entre los hombres y afirmando que al Estado corresponde repartir los bienes y propiedad del suelo; el conde *Enrique de Saint-Simón* estableciendo colonias socialistas; su discípulo *Bazard* haciendo incautarse al Estado de todos los bienes y herencias para repartirlos después entre los obreros; *Owen* con su célebre y fracasado establecimiento de *New-Harmony* en los Estados Unidos, proclaman todos ellos la comunidad de bienes, y á su vez *Proudhon* afirmando que *la propiedad es un robo*; *Winkelblech* sosteniendo que la propiedad de los particulares por todos respetada debe convertirse en una *Sociedad societaria*; *Lasalle* y la *Condesa de Hatzfeld* defienden el moderno socialismo teórico.

Los propósitos de los socialistas en la época presente son otros muy distintos. Convencidos hasta la evidencia de la inutilidad de los medios anteriores, pronunciada ya la oración fúnebre sobre su tumba, como ha dicho *Luis Reibaud*, ha sido necesario que los partidarios de esas doctrinas acudan á otros medios para ver de conseguir sus disolventes fines.

A todas aquellas irrealizables empresas de los comunistas y á las no menos utópicas doctrinas de *Rous-*

tro horas de trabajo diario, impuesto á cada individuo, bastarían en concepto de Campanella para satisfacer tan limitadas necesidades. El resto del tiempo se consagra al estudio de las Ciencias y de la Filosofía, porque se supone que los habitantes de la Ciudad del Sol viven sobre todo para la inteligencia, y gracias á un buen sistema de instrucción abrazan la universalidad de los conocimientos humanos. El Magistrado Supremo es el hombre más eminente en la Ciencia y toma el título de *Sol* ó de *Gran Metafísico*, cuyo cargo es electivo, debiendo cesar en sus funciones si aparece un genio superior que reúna los sufragios de los ciudadanos. Bajo la dirección de este Magistrado Supremo hay ministros ó magistrados superiores que inspeccionan los campos y los pastos y los rebaños y la manera como se ejercen los oficios. Esta supuesta organización ofrece muchos puntos de contacto con la ideada por los modernos comunistas; sensimonianos, atreviéndose á admitir también la comunidad de mujeres y de viviendas.

seau, *Saint-Simón*, etc., etc., sucedió como consecuencia lógica la *Internacional*, que comenzando en la Exposición de Londres de 1862, se disolvió en el quinto Congreso de esa magna Asociación de trabajadores celebrado en la *Haya* en 1872.

Kal Marx al nacer la *Internacional*, asignóla como fin único «el servir de centro de comunicación y cooperación entre los obreros de los diferentes países para procurar el concurso mutuo, el progreso y la plena emancipación de la clase trabajadora» y en cambio *Bakounine*, al concluir con esa vasta Asociación en el Congreso del *Haya*, exclamaba: «... Yo no quiero solamente la propiedad colectiva del suelo, sino la de toda la riqueza por medio de una liquidación social universal, ó sea la abolición del estado actual jurídico y político: la propiedad individual no es más que la apropiación inicua de los frutos del trabajo colectivo: yo pido la destrucción de todos los Estados nacionales, y que sobre sus ruinas se levante el Estado Internacional de millones de trabajadores constituidos sobre la base de la solidaridad comunal, lo cual supone una reorganización social completa.»

¡Espantoso sistema el que lleva por programa tales principios!

Es decir que, según *Bakounine*, la propiedad individual consagrada por todos los siglos y por el Derecho Natural es un mito; los Estados y las Naciones son entidades que deben desaparecer; el orden jurídico y social para nada sirve; las leyes no son más que la manifestación de la opresión del poderoso..... y en cambio sobre las ruinas de esas caducas y reaccionarias sociedades, surja el nuevo edificio social con sus liquidaciones mal entendidas y peor puestas en práctica.

¡Desgraciada humanidad si á tal extremo llegases!
Las últimas manifestaciones del Socialismo han sido los Congresos de *Gante, París, Bruselas y Zurich*; en este último, uno de los más importantes celebrados en agosto de 1893, se tomaron las siguientes resoluciones: *Jornada de ocho horas, la formación de una Secretaría Nacional del trabajo en cada Estado, el Sufragio Universal y la fiesta del 1.º de mayo*. En este Congreso fué donde los *Trades-Unions*, de Inglaterra, se adhirieron á las doctrinas socialistas.

He ahí brevemente bosquejada la historia, desarrollo y principales defensores del Socialismo.

Estudiemos ahora sus doctrinas á la luz de la razón y la revelación, para venir en último término á señalar el único remedio á tan terrible enfermedad social, remedio que, establecido por el Mártir del Calvario, nuevamente acaba de aconsejarlo el Vicario de Cristo en la tierra León XIII: *la Caridad Cristiana*.

II

El principio de Pedro José Proudhon sobre la propiedad. — Estudio del mismo. — Oposición entre el bienestar del obrero y dicho principio. — Doctrinas de León XIII sobre esta materia. — El Comunismo. — Su refutación.

La propiedad es un robo y el propietario un ladrón, dice el escritor *Pedro José Proudhon*, y han repetido todos los modernos socialistas; *todo es de todos* dicen el obrero y el trabajador en sus talleres é industrias, y sin embargo aquellos con sus *filosofías* (?) y conocimientos, y estos con su ignorancia y egoismo se equivocan.

La propiedad no es un robo; cierto es que Dios ha dado la tierra á todos los hombres, pero no es menos cierto, que al trabajar el hombre sobre ella, al ocuparla por vez primera, ha ejercido un derecho conatural á su especie; es decir, háse apropiado de lo que con el carácter de *nullius* no reportaba beneficio alguno á los demás hombres. Convirtiendo á la fecunda tierra en medio apropiado de satisfacer sus necesidades se ha identificado con ella, y uniendo su trabajo al capital que ésta representaba, ha constituido en su favor el inviolable y de todos respetado *derecho de propiedad*. Mas este derecho ni es la causa directa de la desigualdad entre los hombres ni mucho menos de la miseria; no de lo primero, pues esa desigualdad es característica de la naturaleza humana y acompaña á la criatura racional desde el momento que vé la luz primera hasta el ocaso de su existencia material; no

de lo segundo, pues haciendo á los hombres miserables sus vicios y perversas costumbres, es contraproducente remedio querer hacer á todos de la misma condición.

Además ese principio de *Proudhon* tan explotado por los socialistas en favor del obrero no solamente es antifilosófico y contrario á la humana naturaleza, sino que á su vez hace de peor condición al trabajador, termina con su bienestar y echa por tierra la esperanza más ó menos remota de un porvenir halagüeño.

Quitad el derecho de propiedad y como lógica consecuencia habrá desaparecido el estímulo al ahorro, sustituyendo á este el lujo y los gastos superfluos tan perjudiciales en toda sociedad.

Ya nos lo ha dicho el sabio Jerarca de la Iglesia León XIII en su magnífica *Encíclica sobre el estado actual de los obreros*: «.... Al empeñarse los socialistas en que los bienes de los particulares pasen á la comunidad, empeoran la condición de los obreros, porque quitándoles la libertad de hacer de su salario el uso que quieran, les quitan la esperanza y aun el poder de administrar sus bienes propios y sacar de ellos otras utilidades».

En efecto, ¿quién puede poner en duda que el obrero con el ahorro constante puede llegar al cabo de cierto tiempo á constituir el capital necesario para satisfacer sus más perentorias necesidades y las de toda su familia? ¿No es cierto que, como ha dicho uno de los más preclaros Doctores de la Iglesia Española, puede ser aplicado al trabajador aquél célebre dicho del coloso de la Europa, Napoleón, cuando dirigiéndose á sus soldados exclamaba: «Cada uno de vosotros lleva en la mochila el bastón de Mariscal de Francia»?

Pues suprimid siquiera sea momentáneamente el derecho de propiedad, y esas legítimas esperanzas del obrero cristiano se verán defraudadas.

Otros medios más naturales podía haber puesto en práctica el Socialismo para el logro de sus propósitos, pero nunca debía haber estampado al frente de su bandera un principio contrario al Derecho Natural y á la recta razón.

El derecho de propiedad, es, pues, natural al hombre; necesario, según manifiesta Santo Tomás, para evitar la confusión y favorecer y auxiliar la paz social, y se halla consagrado por el Cristianismo desde Jesucristo y San Pedro en el célebre proceso de *Ananías y Sáfira* hasta nuestro actual Pontífice en su última Encíclica sobre el *Estado de la cuestión obrera*.

Ya lo dice el gran León XIII, cuando al terminar de refutar las doctrinas del Socialismo sobre la propiedad, exclama: «..... La propiedad privada es claramente conforme á la naturaleza. Porque las cosas que para conservar la vida, y más aún las que para perfeccionarla son necesarias, prodúcelas la tierra, es verdad, con grande abundancia; mas sin el cultivo y cuidado de los hombres, no las podría producir. Ahora bien, cuando en preparar estos bienes naturales gasta el hombre la industria de su inteligencia y las fuerzas de su cuerpo, por el mismo hecho se aplica á sí aquella parte de la naturaleza material que cultivó y en la que dejó impresa una como huella ó figura de su propia persona: de modo que no puede menos de ser conforme á la razón que aquella parte la posee el hombre como suya y á nadie en manera alguna le sea lícito violar su derecho».

Consecuencia lógica del principio socialista de *Proudhon* es la propiedad comunal defendida también

por los socialistas teóricos y prácticos, propiedad comunal que es uno de los más graves errores del susodicho sistema.

«Quitado al ingenio y diligencia de cada uno, todo estímulo—dice el Padre Santo—secarianse necesariamente las fuentes mismas de la riqueza». Porque ¿puede por ventura compararse el celo, estímulo y diligencia de los particulares con la obligatoria y pesada carga que en otro caso abrumaría al Estado? Además este principio es casi imposible físicamente, pues el Estado por sí no podría realizar las múltiples operaciones que llevaría aparejada la implantación de dichas doctrinas, así como también sería difficilísimo encontrar la clave para el fiel reparto y aprovechamiento de los bienes.

El *Socialismo*, pues, en sus fundamentos es sistema erróneo; más adelante veremos cómo en sus consecuencias y aplicaciones adolece del mismo defecto.

III

Causas del Socialismo. — Antigüedad de la lucha entre el capital y el trabajo. —

La fe como barómetro de la felicidad de los pueblos. — El fin del hombre. —

Otras causas del Socialismo. — La desaparición de los gremios. — La usura. —

Las máquinas y grandes industrias. — Las Sociedades anónimas. — La propaganda del mal. — Causa directa de dicho sistema.

Pretender hacer un detenido estudio de las causas directas é indirectas del *Socialismo* y proponer nuevos remedios para atajar el cáncer social que todo lo engangrena y aniquila, sería empresa superior á nuestras fuerzas, obligándonos á salir de los límites de este trabajo.

Pero antes de examinar los paternos consejos del Vicario de Cristo, León XIII, es necesario que analicemos, siquiera sea momentáneamente, la causa generadora, la razón principal, fundamento y base de tan absurdas teorías.

La lucha del capital y del trabajo no es de hoy: es la eterna lucha entre el pobre que no mira más que el bien terreno y el rico que sólo atiende á su peculiar interés. Olvidados de su último fin unos y otros, dan rienda suelta á sus materiales pasiones y apetitos, y mientras el patrono sólo ve en el obrero una *cosa* de la cual procura sacar la mayor utilidad posible, éste ve en el patrono á su mayor enemigo, verdugo de su bienestar y del de su familia. Y como el mayor ó menor encarnizamiento de esta lucha depende precisamente del mayor ó menor grado de religiosidad,

de aquí que bajando el barómetro de la moralidad de un pueblo, esa lucha de clases se acrecienta tomando colosales proporciones.

Ahí está Roma, el poderoso Imperio de Occidente, la señora de dos mundos, olvidada de los principios religiosos, que en harmonía con las doctrinas de sus filósofos y las prácticas de sus ciudadanos veía en el trabajador no al hombre sino á la *cosa*, procurando sacar de su trabajo el mayor jugo posible en provecho único y exclusivo del capitalista.

Lo mismo en la República que en el Imperio, el esclavo era el ser más despreciable, se le ocupaba en toda clase de trabajos, y sin embargo de esto no constituía por sí una clase ni era respetado en tal concepto por nadie, *Marco Craso* solía decir: «No merece el dictado de rico aquel que no puede mantener á sus expensas á todo un ejército»; y ¿cuál era el trato que se les daba á esos desgraciados? ¿cuál?; alimentarlos con harina, aceite y sal, hasta el punto de que hay autor que asegura no excedía de ciento á ciento cincuenta pesetas anuales el gasto de cada trabajador.

Resulta, pues, que la fé y religiosidad de un pueblo es el barómetro de su bienestar y felicidad, y que cuando como en la época actual disminuye el número de los creyentes, aumenta en la misma proporción el número de las plagas sociales: así lo ha entendido el Sumo Pontífice en su notabilísima *Encíclica* tan ensalzada por amigos y adversarios, pues al señalar las causas del *Socialismo* comprende como una de las principales, la apostasia de las naciones que se han apartado de su Dios y de la Religión de sus antepasados: y en esto precisamente estriba la base de los demás preceptos de nuestro Santísimo Padre, porque desde el instante en que el fin del hombre quiera ha-

cerse puramente terrenal, el *Socialismo* con todas sus consecuencias está plenamente justificado. Si todas nuestras esperanzas no traspasan el límite de esta material existencia—dirá el obrero—terminen esas irritantes desigualdades y sea yo tanto como el capitalista.

Tal modo de razonar sería lógico, piensen como quieran los que les predicaban esos mismos principios desde los bancos de la *Convención*.

Pero si, por el contrario, el fin del hombre está en Dios como enseña la Iglesia y á Él debe aspirar constantemente sin desmayar en el peligro ni zozobrar en la tempestad, entonces las doctrinas socialistas son las más opresoras que se conocen, pues impiden á la criatura racional cumplir dignamente el fin para que fué creada. Ya lo dice León XIII señalando el fin del hombre: «.....Así, pues, lo que del magisterio de la naturaleza misma aprendimos, es también dogma de la fe cristiana, en que como principal fundamento estriba la razón y el ser todo de la Religión, á saber, que cuando salgamos de esta vida, entonces hemos de comenzar de veras á vivir. Porque no hizo Dios al hombre para estas cosas efímeras y pasajeras, ni nos dió la tierra por habitación perpetua, sino por lugar de destierro.»

Es, pues, evidente, que el fin del hombre está en la verdad suprema, verdad que nace de la misma existencia del ser *ab-eterno*; verdad, en una palabra, que es la fuente de todas las demás, y que se halla sólo y únicamente en Dios, ser absoluto, creador y eterno. A Él únicamente debemos dirigir todos nuestros esfuerzos, y el pobre resignado con su situación y el rico siendo caritativo para con el prójimo, deben caminar paso á paso por este destierro preparando su futura felicidad.

Además de la falta de fe existen otras causas importantísimas del *Socialismo* y que enumera el mismo León XIII. La destrucción de los gremios de obreros que con tanta equidad protegían al trabajador, gremios que, uniendo con estrechos vínculos á los obreros de un mismo oficio, constitutían una asociación de defensa para el bracero, gremios, en una palabra, que colocándose bajo la égida de algún Santo Patrono avivaban la fe de sus agremiados.

A su vez, la usura es una de las principales razones de este malestar social: por naturaleza toda clase de préstamo ó mutuo debe ser gratuito, pero como en la época presente el mutuante ó prestamista puede sacar utilidad de los bienes que presta ó entrega, de aquí que como vía de indemnización esté consentido por la Iglesia el tanto por ciento de interés anual. Pero lo que la Iglesia no puede tolerar, lo que es altamente contrario á la *caridad cristiana*, es el *abuso de ese interés, al cual se denomina usura*, abuso condenado por Dios cuando dice: *Si prestares dinero al necesitado de mi pueblo que mora contigo, no le has de apremiar como un exactor ni oprimirle con usuras* (1), y muchas veces anatematizado por la Santa Sede, sobre todo por el Pontífice de eterna memoria Pío IX.

Otras causas, si bien indirectas, hay de este malestar social en las naciones. Las grandes industrias y la introducción de las máquinas han contribuido y contribuyen al deplorable estado de relaciones entre el trabajador y el capitalista.

Por aquellas, las grandes utilidades son acaparadas por unos pocos á costa del trabajo del obrero, y en cuanto á las segundas, sus inconvenientes son bien

(1) Exod. XVIII, 25.

claros y palpables. Reducido el trabajador á una limitada esfera dentro de su profesión, conviértese en una rueda de la complicada máquina, con cuyo auxilio trabaja y sin ella hácese imposible el ejercicio de su oficio.

Llevada la división del trabajo á un extremo por todos conceptos lamentable, lógrase una asombrosa perfección en los trabajos, pero en cambio obligando al obrero á realizar constantemente una determinada parte de su trabajo, no puede vivir fuera de la fábrica, pues la producción en sus manos, sin auxilio de los demás, es nula. De aquí los grandes males y las espantosas catástrofes que hay que lamentar cuando cesa el trabajo en uno de esos grandes centros de producción donde encuentran el sustento miles y miles de familias.

¿Qué harán esas muchedumbres sin pan que dar á sus hijos? ¿Dónde volverán sus ojos si el patrono les rechaza y los Gobiernos por otra parte entreteniéndolos sus presupuestos en fútiles dispendios se acuerdan poco ó nada de favorecerlos aumentando la partida de obras públicas?

Hay además otro mal de incalculable gravedad; éste es las *sociedades anónimas* y las *obras por contrata*. Hablando de esto dice un moderno autor: «..... Las sociedades anónimas, disponiendo de grandísimos capitales, formados por acciones, se colocan enfrente de la pequeña industria y la particular, é imposibilitan por completo su desarrollo y las hacen desaparecer, obligando á los obreros á capitular bajo las condiciones que les place, condiciones que los trabajadores tienen que aceptar si no quieren morir de hambre: y las obras por contrata, porque los capitalistas, tratando de ahorrar dinero en la construcción, ceden ésta á otra persona por un tipo muchísimo menor del que á ellos les hubiese costado, diferencia que el con-

tratista hace lo posible para obtener de los materiales y del personal obrero.»

Todos estos hechos, unidos á la propaganda del mal que en todos los órdenes se está llevando á cabo á ciencia y paciencia de los poderes públicos, ya por medio de la prensa, ya también en libros, folletos y láminas obscenas, la falta de instrucción del trabajador, al cual solamente se enseña la práctica del vicio y el aborrecimiento á la virtud preocupándose muy mucho los Gobiernos en aumentar en las *Estadísticas* el número de las personas que saben leer y escribir, y olvidándose por completo de la estricta obligación en que se halla de velar por la moralidad pública y la religiosidad de los ciudadanos; todo esto, digo, son causas poderosísimas del espantoso y aterrador aspecto que presenta la Sociedad de nuestros tiempos.

Pero hay una causa de más importancia que las demás y que puede decirse es la razón generadora de los males que todos lamentamos: la falta de caridad para con el prójimo, la verdadera esclavitud en que se halla el trabajador con respecto al capitalista, en una palabra, la tiranía y opresión de que es víctima el infeliz bracero.

No le basta al patrono sacar la mayor utilidad posible del trabajador, no le basta arrebatarle sus bienes por medio de la usura, hace más todavía; háse apoderado de la vida familiar, ha creado *cantinas* y *posadas* á su cuenta para que las ganancias del obrero no salgan mas que momentáneamente de su bolsillo; y encerrando en las obscuras galerías de una profunda mina, ó en los insanos talleres de una gran industria al trabajador, desde que el astro del día se muestra en todo su esplendor hasta que declina su cabeza en el Poniente, le imposibilita de ejercer la vida de familia,

le retrae del amor á su esposa é hijos, y sobre todo y muy particularmente le impide cumplir sus deberes de cristiano.

¡Y nos chocará y nos asombrará después la conducta de los obreros! Mal instruidos, peor alimentados, propagando entre ellos esas ideas disolventes y anti-sociales, procurando poner ante sus ojos al capitalista como su constante enemigo, y viendo en muchos patronos á los señores de sus propias vidas: ¿qué se quiere de ellos? ¿cuál ha de ser su conducta si los que debían dirigirlos se retraen los unos ó les precipitan en la profunda sima de los vicios los más?

IV

La Caridad.—Sublimidad de esta virtud. —El Cristianismo y la Caridad.—San Pablo.—La Caridad y el Socialismo.—Consejos de Su Santidad.—Alocución á los obreros franceses.—Encíclica sobre el estado de los obreros.—Preceptos para ricos y pobres. —Breve á la Asociación de propietarios cristianos.

De las tres virtudes teologales, hay una que encierra dentro de sí á las demás; virtud sublime y encantadora que tiene por base el amor de Dios; virtud que hace del cristiano un decidido atleta de la fe, animándole en la carrera de la vida: tal es la *Caridad* esa llave del cielo que abre sus puertas á los escogidos, fecundo maná de bienes sin cuento, que sirve de consuelo lo mismo al pobre en su misera choza que al prisionero en la obscuridad de su celda, néctar que letifica, vino que embriaga y tabla salvadora de esta sociedad que, náufraga en el proceloso y encrespado mar de sus carnales apetitos y egoistas pasiones, necesita los auxilios de lo alto para contrarrestar los esfuerzos de los monstruos del averno. ¡Caridad! ¡cuántas colosales obras se han realizado en tu nombre! ¡Cuántas lágrimas se han enjugado! Tu eres el Sol de la felicidad que iluminas las inteligencias y avivas los corazones para amar en nuestro prójimo á nuestro Dios y Señor; á ti debe el esclavo su libertad, el extranjero el reconocimiento de sus derechos, el débil los auxilios que le prestas en sus combates, tu eres, en una palabra, la manifestación más elocuente del amor

al Eterno que á su vez es la Caridad misma, según gráfica expresión de San Juan.

Grande y sublime es el amor natural con que instintivamente se quieren los esposos y los hermanos, los padres y los hijos, pero aun hay mayor sublimidad en el amor que nace de la *Caridad*; en ese amor divino con que quiere el Misionero al repugnante leproso y la Sierva de Jesús al pestilente enfermo, en ese desinteresado cariño que anima al discípulo de Cristo á predicar la fe en ignotas regiones y llevar el signo de la redención á los vírgenes bosques de la América, en ese amor con que el patrono trata á sus subordinados cuidando de su bienestar físico y muy principalmente de su educación moral y religiosa. Los encantos de estos amores no son comparables con ninguna felicidad de este mundo.

Aun en aquellos tiempos de esclavitud y opresión se reconocen las grandezas de la Caridad.

Homo sum humani nihil á me alienum puto dice Terencio. Cicerón exclama: *Charitas generis humani*. ¡Ah! ¿y qué diremos del Cristianismo que ha hecho de la Caridad la norma de las acciones humanas?

El Cristianismo—dice Augusto Nicolás—ha hecho de su Dios que fué el primero que murió por su infinita caridad á toda la raza humana, la cabeza de un solo cuerpo, de que todos somos miembros, que comprende á todos los vivos, y no solamente los que viven sobre la tierra, sino los Santos en la Gloria y los que acaban de llegarlo á ser en el Purgatorio, pres-tándose mutuamente por una correspondencia de caridad, que es como la sangre mística de ese cuerpo que circula del corazón á las extremidades, y de éstas al corazón.

Tal es la importancia de la Caridad en el destino

del hombre, de tal naturaleza son los efectos de esta saludable panacea, que según San Pablo en la Epístola 1.^a á los *Corinthios* (1) aun «cuando yo hablare todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los Angeles mismos, si no tuviere caridad, vengo á ser como metal que suena ó campana que retiñe. Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios y *poseyese* todas las ciencias, cuando tuviera toda la fe posible de manera que trasladase de *una á otra parte* los montes, no teniendo *caridad* soy un nada.»

La Caridad es, pues, el único camino que directamente nos lleva á Dios, es el bálsamo consolador de las aflicciones del hombre y sin ella la criatura racional es barco sin timón ni velamen abandonado á la tempestad tenebrosa de sus pasiones.

Amarás al prójimo como á tí mismo: este Mandamiento con el del amor de Dios, constituye la base del grandioso edificio del Cristianismo. Has de amar á tu prójimo, y á imitación del Samaritano de que nos habla la Sagrada Escritura, vendarás sus heridas, le consolarás en sus aflicciones, le socorrerás en la medida de tus fuerzas, sin procurar sacar del trabajador más fruto que el que equitativamente le corresponda. «Mirad que el jornal que defraudásteis á los trabajadores—dice Jesús—clama, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los Ejércitos.»

Es necesario, pues, para resolver el complicado problema social, que el amo trate caritativamente al criado, que el patrono no procure enriquecerse á costa del sudor del pobre; en una palabra, que en las relaciones mutuas entre capitalistas y trabajadores, tan-

(1) Capítulo XIII.

to unos como otros cumplan estrictamente los sagrados deberes de caridad y justicia.

Mientras esto no suceda, no se queje el capitalista de la actitud hostil del obrero, ni éste de las exigencias de aquél, pues en sus propios actos está la razón generadora de sus desgracias.

Así lo ha reconocido Su Santidad el Papa León XIII, pues en todos sus escritos y alocuciones recomienda la *Caridad* como única solución al problema del capital y del trabajo.

«A fin de confortar más eficazmente á los trabajadores y á los pobres — dice el Vicario de Cristo en su alocución á los obreros franceses que fueron en peregrinación á Roma — el divino fundador del Cristianismo se dignó unir el ejemplo á la palabra.

Él no tuvo donde reclinar su cabeza, experimentó los rigores del hambre y de la sed, y pasó su vida pública y privada en medio de las fatigas, las angustias y los sufrimientos. Según su doctrina, el rico, al decir de Tertuliano, no es más que el Tesorero de Dios en la tierra; á él se refieren las prescripciones sobre el buen uso de los bienes temporales y las formidables amenazas del Salvador si cierra su corazón al infortunio y la pobreza.»

Con estas palabras prescribe el Vicario de Cristo la limosna como obligación estricta que debe cumplir el rico con relación al miserable, obligación que no le es dado abandonar sin poner en grave peligro su último y deseado fin. Pero como esto por sí solo no es suficiente para terminar con las cuestiones entre el rico y el pobre, fué «..... preciso — continúa León XIII — aproximar las dos clases estableciendo entre ellas un lazo religioso indisoluble. Este fué oficio de la *Caridad*, la cual formó un lazo social de una fuer-

za y una dulzura desconocida hasta entonces; dió al multiplicarse remedio á todos los males y consuelo á todos los dolores, suscitando, por sus innumerables obras é instituciones una noble emulación de celo, de generosidad y de abnegación.»

Esta es, según León XIII, la gran solución dada por Cristo á la cuestión obrera, solución que tiene que prevalecer en los actuales tiempos si se quiere evitar la ruina de la Sociedad (1).

Por eso, al terminar su alocución á dichos obreros franceses, les dice el Prisionero del Vaticano: «A las clases directoras les hace falta corazón, entrañas para los que ganan el pan con el sudor de su rostro; les hace falta poner un freno al deseo insaciable de riquezas, de lujo y de placeres, que lo mismo arriba que abajo no cesa de propagarse.....» y más tarde, hablando de la obligación de Gobiernos, patronos y obreros, les habla de esta manera:

«A los gobernantes les corresponde, ante todo, penetrarse de esta verdad, que para conjurar el peligro que amenaza á la Sociedad y que no podrían evitar ni las leyes humanas ni las armas de los soldados; lo que importa sobre todo, lo que es indispensable, es que se deje á la Iglesia la libertad de restaurar en las

(1) No todos los hombres han creído ni creen que el sublime precepto de la Caridad, predicado por Cristo y repetidas veces recomendado por Su Santidad, sea la saludable panacea que cure el pestilente cáncer que engangrena y corroee á las sociedades. *Alberto Fouilleé*, en su obra intitulada *La Ciencia Social*, cita varias opiniones de escritores positivistas y materialistas, según los cuales, el problema del Socialismo puede resolverse sin necesidad de acudir á los preceptos divinos sobre la Caridad. Semejantes ideas ya anteriormente sustentadas por *Malthus*, *Stuart, Mill*, *Herbet Spencer* y otros muchos no merecen los honores de una seria refutación.

A los que como los escritores anteriores sostienen que vivimos en el mejor de los tiempos, y que la Caridad no procede de Dios sino que es obra de los hombres, debe contestárseles con el silencio no concediéndoles lugar alguno en el terreno de la discusión.

almas los preceptos divinos, y extender sobre todas las clases sociales su saludable influencia, que mediante reglamentos y medidas equitativas y prudentes se garanticen los intereses de las clases trabajadoras, se proteja á los obreros jóvenes, á la debilidad y la misión puramente doméstica de la mujer, al derecho y al deber del descanso en el domingo y que se favorezca en las familias como en los individuos la pureza de costumbres y el hábito de una vida ordenada y cristiana.»

A su vez «..... los patronos les está prescrito considerar al obrero como un hermano: dulcificar su suerte en el límite posible y por condiciones equitativas: velar por sus intereses tanto espirituales como corporales, edificar con el ejemplo de una vida cristiana, y sobre todo (y esta es la principal regla de tan magistral alocución), no separarse jamás en perjuicio de éste de las reglas de equidad y justicia, con el objeto de proporcionarse beneficios rápidos y desproporcionados.»

¿Y el obrero?; estos conviene «..... observen siempre una conducta digna de elogio por la práctica fiel de los deberes religiosos, domésticos y sociales.»

Tales fueron en resumen las enseñanzas de León XIII en la célebre alocución á los obreros franceses que fueron á postrarse á los sagrados piés del Vicario de Cristo.

Después de aquel excelente discurso, una obra maestra ha inmortalizado el nombre de León XIII: tal ha sido su magistral *Encíclica* sobre el *Estado de los obreros* dada el 15 de mayo de 1891, y que al mismo tiempo de justificar la profecía de San Malaquías, según la cual, el actual Pontífice sería *Lumen in cælo*, ha conseguido para León XIII el dictado de *Pontífice de los obreros*. Católicos y no católicos, tronos y re-

públicas, han aplaudido como se merece dicha obra, y millones de ejemplares de la misma han llevado la palabra del Papa á los más recónditos lugares del mundo.

Según ésta, la solución del problema social estriba en el fiel cumplimiento de los deberes de caridad y justicia por parte de patronos y obreros. Estos «..... deben poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado, no perjudicar en manera alguna al capital ni hacer violencia personal á sus amos; al defender sus propios derechos abstenerse de la fuerza y nunca armar sediciones ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas á que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas.»

Por otra parte jamás el obrero debe estar pesaroso de ser pobre: la pobreza fué elegida por Dios para venir á este mundo en la persona de su hijo; pobremente nació en un establo, pobre vivió durante su estancia en la tierra y esa pobreza fué la nota característica que le acompañó hasta la Cruz; por esa razón León XIII en su Encíclica dirigiéndose á los mismos obreros les dice: «A los que carecen de bienes de fortuna, enséñales la Iglesia á no tener á deshonra, como no lo tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando, todo lo cual confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar á los hombres se hizo pobre siendo rico, y aunque era Dios é Hijo de Dios quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano, y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano. ¿No es este el artesano Hijo de María?»

Además, ¿quiénes sino los pobres son y han sido el objeto predilecto del amor de Dios? *Beati pauperas spiritus*. Bienaventurados los pobres de espíritu. *Venite ad me omnes qui laborates et onerati estis et ego refician vos*. Venid á mi todos los que estéis trabajados y cargados, que yo os aliviaré. ¿Puede haber por ventura llamamiento más tierno, cariñoso y universal? Vaya, pues, el obrero á su Dios; acuda solícito á tan paternal llamamiento, con la completa seguridad de encontrar remedio á sus aflicciones y cristiana solución á sus dudas y perplejidades.

Mas no solamente es el obrero el objeto de las enseñanzas del Vicario de Cristo; los deberes del patrono y del capitalista son materia de preferente estudio en la luminosa Encíclica de Su Santidad.

Habla de los deberes del rico y exclama: «A los ricos y á los amos toca: que no deben tener á los obreros como esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y la nobleza que á esa persona añade lo que se llama carácter de cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, pues le habilita tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Que lo que verdaderamente es vergonzoso é inhumano, es abusar de los hombres como si no fuesen mas que cosas para sacar provecho de estos, y no estimarlos en más que lo que dan de si sus músculos y sus fuerzas.»

Pero nó solamente debe cuidar el patrono de la naturaleza material de sus subordinados; debe atender con preferencia á su educación religiosa y moral y á procurarles todas las facilidades posibles para que cumplan sus deberes de cristianos; por eso Su Santidad di-

ce: «..... deber es de sus amos hacer que á sus tiempos se dedique el obrero á la piedad, no exponerlo á los atractivos de la corrupción ni á los peligros de pecar, ni en manera alguna estorbarle el que atienda á su familia y al cuidado de ahorrar.»

Hay que tener en cuenta que Dios no reparte las riquezas para que se malgasten y empleen en vicios y malas costumbres: el rico no es más que el administrador de esos bienes que la Divina Providencia le ha confiado, teniendo estricta obligación de repartir á los pobres una parte de bienes proporcionada á su capital.

«El principio fundamental de esta doctrina, es el siguiente: que se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso justo del mismo dinero. Poseer algunos bienes en particular, es, como antes hemos dicho, derecho, mayormente cuando se vive en sociedad, no sólo explícito, sino absolutamente necesario. *Lícito es que el hombre posea algo como propio; es además para la vida humana necesario.* Mas si se pregunta qué uso se debe hacer de esas riquezas, la Iglesia, sin titubear, responde. Cuanto á esto no debe tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes: es decir, de tal suerte, que fácilmente las comunique con otros cuando estos las necesiten. Por lo cual dice el Apóstol: manda á los ricos de este siglo..... que den y que repartan francamente.»

Claro está que ésta obligación no le lleva al capitalista á dar todos sus bienes á los pobres en calidad de limosna, *pues nadie está obligado á vivir de un modo que á su estado no convenga*; pero una vez que las necesidades se han satisfecho, los bienes sobrantes deben servir de apoyo al pobre para cumplir su pasajero fin de esta vida y preparar el eterno.

Es más, aunque el hombre no haga esto guiado por los principios de caridad, tiene que hacerlo por propio egoísmo facilitando con este medio su salvación eterna, pues Jesús dice, *en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí me lo hicisteis*. Amemos, pues, á nuestros hermanos, cumplamos con ellos los sagrados deberes de caridad y justicia, pues con esos actos mereceremos bien de la sociedad y del Creador.

Pero la Iglesia no solamente lo recomienda; la Iglesia prueba con ejemplos prácticos, que sólo la Caridad y únicamente la Caridad es la tabla de salvación de las actuales sociedades como lo fué de las antiguas.

«Tanta era entre los cristianos—dice el Papa—la fuerza de la caridad mutua, que muchas veces se despojaban de sus bienes los ricos para socorrer á los pobres y así *no había ningún necesitado entre ellos.....* Los dineros que los cristianos cuantas veces se reunían voluntariamente daban, los llama Tertuliano *depósitos de la piedad*, porque se empleaban *en alimentar en vida y enterrar en muerte á los necesitados, á los niños y niñas pobres y huérfanos, á los ancianos que tenían en sus casas y también á los náufragos*».

Y no se crea que fuera de la Religión y de la Iglesia puede darse también esa caridad y ser resuelto el problema social, porque según León XIII «de sola la Iglesia es esta virtud; porque si no se va á buscar en el Santísimo Corazón de Jesús, no se halla en parte alguna, y muy lejos de Cristo van los que de la Iglesia se apartan».

Tales son las enseñanzas del Vicario de Cristo en su magnífica Encíclica de 15 de mayo de 1891, enseñanzas que ha repetido nuevamente en varios documentos pontificios, pero *principalmente* en su carta á

M. León Harmell, y en un *Breve* dirigido aun no hace un mes á la *Asociación de propietarios cristianos*, uno de cuyos párrafos dice así: «Lo mismo que la justicia, impone sus deberes la Caridad. Y ésta ordena que cada cual en la medida de sus fuerzas atienda al mejoramiento y felicidad de sus prójimos. Con lo que está demostrado que la tal virtud exige al rico algo más que aquello que consiste en pagar el justo precio de las cosas, ó el salario convenido por la ejecución de un trabajo cualquiera..... Si todos aquellos á quienes plugo á la Providencia otorgar medios bastantes de fortuna, se decidieran á practicar este acto de caridad que más especialmente recomiendan los estatutos de vuestra Asociación, ¡cuántos de aquellos empeñados en la imposible tarea de llegar á la igualdad de las fortunas, olvidarían pensamientos locos y volverían á encontrar la perdida paz de sus espíritus!».

Bien claros están los deseos de León XIII, y bien explícito el remedio para curar la llaga del Socialismo; ¡Caridad! caridad en el rico y en el pobre, caridad en el patrono y el obrero, en el bracero y en el capitalista.

He ahí la clave de este enigma social que tanto preocupa al mundo.

Vitoria, 30 de julio de 1895.



APÉNDICE

Materia íntimamente relacionada con la que es objeto del anterior trabajo, es la que hace referencia al salario ó parte de las utilidades del producto que se entrega al obrero. De su importancia puede juzgarse al considerar que cerca de las cuatro quintas partes de la población vive y se alimenta por medio de esa cuota diaria pactada entre el dueño y el trabajador, cuota que en realidad no existía en los primeros tiempos, pues entonces todo el producto del trabajo pertenecía al que lo realizaba; mas consagrado como ley el derecho de propiedad, apareció como lógica secuela del mismo el salario.

En éste, como en todos los deberes del amo con respecto al obrero, debe resplandecer el exacto cumplimiento de los preceptos que la caridad impone; pero esta sublime virtud no da derecho al artífice ú obrero como supone *Proudhon* para que haga suyo, después de haber recibido el salario, el objeto ú objetos fabricados con su trabajo, porque suponer lo contrario sería sentar el más absurdo de los principios y consagrar como ley la más notoria é incomprensible de las injusticias.

«¡Sería en verdad gracioso — dice el P. Liberatore — que haciendo tú, lector, construir una casa, los albañiles, después de haber sido pagados por su obra, qui-

siesen además ocupar algunas habitaciones, por el derecho natural que tienen en las utilidades del producto! ¡O si por la misma razón el sastre, después de haber recibido el precio del traje que te ha hecho pretendiese también usarlo algún día de la semana!»

Al decir, pues, que la Caridad Cristiana debe regular la cantidad del salario, no sentamos la doctrina de que las utilidades del producto, juntas con el susodicho salario, queden en manos del obrero; lo que afirmamos es que el capitalista no debe enriquecerse á costa de aquél ni escatimarle el salario que necesita para sí y para su familia. «Mirad que el jornal que defraudásteis á los trabajadores clama—dice Jesús—y el clamor de ellos suena en los oídos del Dios de los Ejércitos.»

A primera vista parece que así como el trabajo del obrero no sufre por lo general grandes cambios, tampoco debe cambiar esa porción del producto que por su trabajo se le entrega y se denomina *salario*; sin embargo la mayor ó menor oferta de trabajadores influye en el precio del salario en razón inversa, de tal manera que según el número de braceros que piden trabajo aumenta, disminuye el salario en la misma proporción. Claro está que esta regla que en el mercado del dinero y en todos los demás mercados lleva consigo el carácter de constante y continua repetición, no goza de la misma cualidad al tratarse del salario, pues de otra manera colocaríamos el trabajo del hombre á la misma altura que la más humilde de las mercancías; pero á pesar de eso dicha regla se cumple las más de las veces.

Este aumento ó disminución ha dado lugar á la división que del precio del salario ha hecho *Ricardo* en *precio natural* y *precio corriente*, y con la cual no es-

ramos del todo conformes. «El precio natural del trabajo—dice—es aquel que es indispensable para que todos los trabajadores en general puedan subsistir y perpetuar su especie sin aumento ni disminución..... El precio corriente del trabajo es el que realmente se paga por él como efecto natural de la relación entre la demanda y la oferta, puesto que el trabajo es más caro cuando escasean los brazos, y menos caro cuando abundan.»

A *Ricardo* no le importa que el precio corriente del trabajo no sea el suficiente para satisfacer las necesidades del obrero: según él, más tarde ó más temprano dicho precio corriente ha de identificarse con el natural, á semejanza de lo que sucede con todas las mercancías, resultando por consiguiente que el trabajo de los hombres está equiparado para los efectos económicos con el más despreciable de los objetos comerciales, pero como para nosotros los esfuerzos y trabajos del hombre representan algo más elevado en cuanto son los medios que Dios le ha dado para vivir, *In sudore vultus tui vesceris pane* (1), no podemos ni debemos estar conformes con las doctrinas y principios sustentados por *Ricardo* en sus obras.

El precio del salario debe estar en relación con las necesidades del obrero y su familia, y con la importancia del trabajo que realiza. Tan injusto sería á nuestro humilde modo de ver, disminuir dicha cuota por la razón de que el obrero no tenga mujer é hijos y su trabajo merezca más, como negar el pan á una numerosa familia que no cuenta con otro medio de vivir que el que le proporciona su jefe, por más que el trabajo de éste no sea tan perfecto.

(1) Génesis III, 19.

«..... El precio natural del trabajo—dice el P. Liberatore en su magnífica obra de Economía Política—es aquél, que calculado en el hombre, y en el tenue concurso de su mujer (ocupada casi del todo en las faenas domésticas) baste para el mantenimiento de ambos y de dos ó tres criaturas.....»; y Adam Smith en su magistral Tratado sobre la *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, obra que tenemos á la vista, en su Libro I, Capítulo VIII dice:

«Pero aunque siempre los dueños ganan las ventajas del partido en estas y semejantes contiendas con sus operarios y jornaleros, hay no obstante cierto grado de donde parece imposible que baje el precio de los salarios por cierto espacio de tiempo, aun en las especies ínfimas, y clases inferiores del trabajo.

«El hombre siempre ha de vivir, y mantenerse con su trabajo; por consiguiente su salario ha de alcanzar por lo menos, para su mantenimiento. Es indispensable también, las más de las veces, que ganen algo más que su sustento, porque de otro modo sería imposible mantener una familia; y entonces la raza de aquellos trabajadores nunca pasaría de la primera generación».

Opiniones de sabios tan ilustres, gloria de la ciencia de su tiempo, no son sin embargo comparables con los sublimes consejos emanados del que es fuente de toda luz en la tierra, Su Santidad el Papa: «Tiene, pues, el trabajo humano—dice—dos cualidades que en él puso la naturaleza misma: la primera es que es *personal*, porque la fuerza con que se trabaja es inherente á la persona y enteramente propia de aquel que con ella trabaja, y para utilidad de él se la dió la naturaleza; la segunda es que es *necesario*, porque del fruto de su

trabajo necesita el hombre para sustentar la vida, y sustentar la vida es deber primario natural que no hay más remedio que cumplir. Ahora, pues, si se considera al trabajo solamente en cuanto es personal, no hay duda que está en libertad el obrero de pactar por su trabajo un salario más corto.....»; pero no sucede así si se considera la cualidad de *necesario*, porque como dice León XIII más adelante «..... el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero que sea frugal y de buenas costumbres. Y si acaeciera alguna vez que el obrero obligado de la necesidad ó movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura que, aunque no quisiera, tuviere que aceptar por imponérsela absolutamente el amo ó el contratista, sería eso hacerle violencia y contra esta violencia reclama la justicia».

En el salario, pues, como en todos los deberes del dueño, debe manifestarse la Caridad Cristiana en toda su extensión, dando al obrero lo que por derecho natural le corresponde: el hacer lo contrario trae consigo esas tremendas desgracias que hoy lamentamos en la sociedad, y que comenzando en las huelgas de obreros terminan en los horribles atentados del anarquismo.

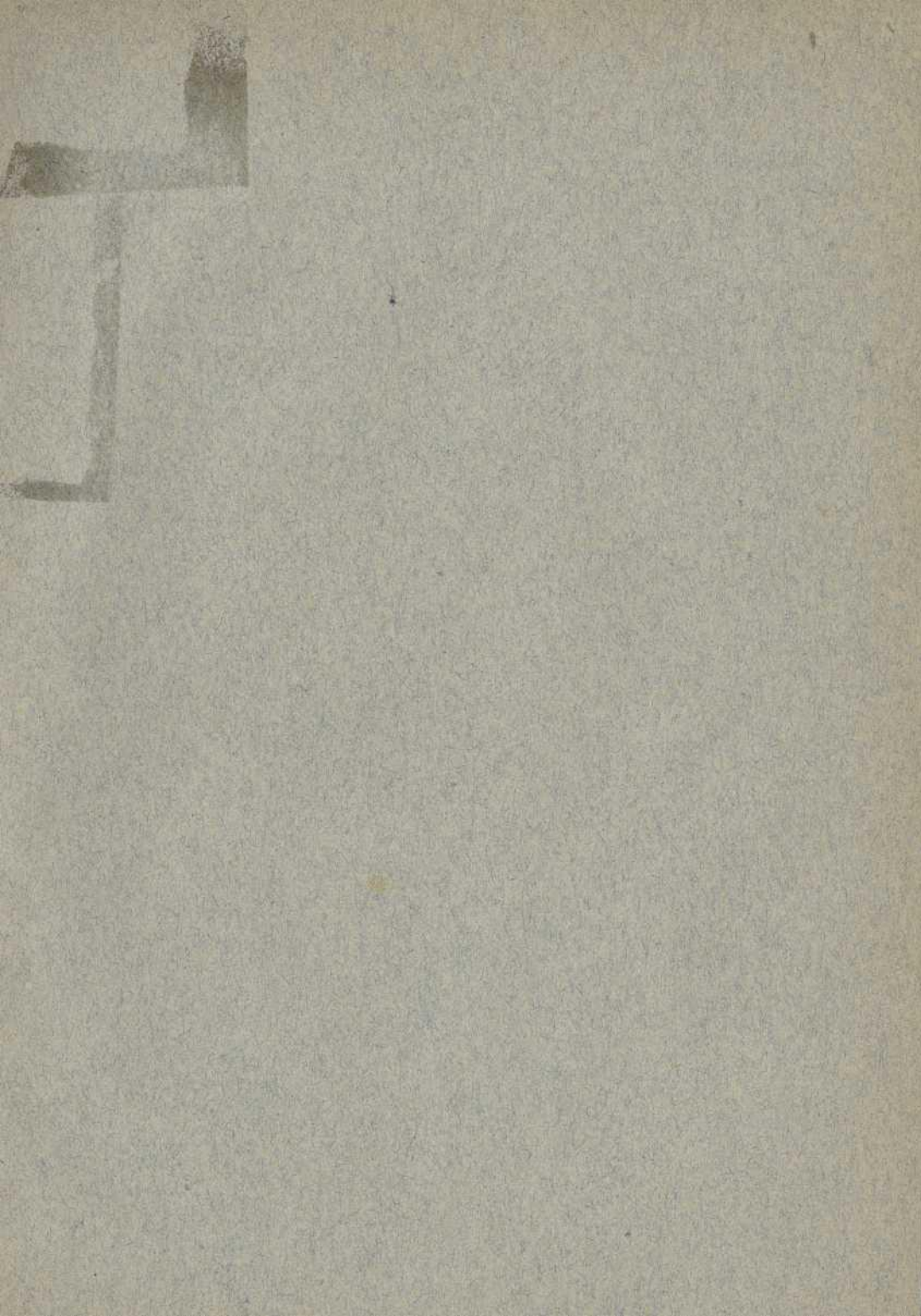
«La abundante recompensa del trabajo—escribe Adam Smith en la obra antes citada—así como es efecto necesario, así es también el síntoma más seguro de los progresos de la riqueza nacional. El escaso sustento del pobre trabajador, por el contrario, es el que indica seguramente ó que las cosas se mantienen en una situación estacionaria, ó que van cada vez á mayor decadencia».

ÍNDICE

Páginas

I	Estado actual de la cuestión El Socialismo en los antiguos tiempos, etc., etc.	7
II	El principio de Pedro José Proudhon sobre la pro- piedad, etc., etc.	13
III	Causas del Socialismo. Antigüedad de la lucha entre el capital y el trabajo, etc , etc.. . . .	17
IV	La Caridad. Sublimidad de esta virtud, etc., etc.	24
	Apéndice.. . . .	35





R
13848

FOLLETOS DEL MIS

Cuadros vivos.—Colección de historietas y leyendas morales.

El Cristo de San Ildefonso.—Noticia histórica acerca de dicha venerada imagen. Sus productos destínanse á la celebración de sufragios por las almas de los españoles muertos en Cuba y Filipinas.—Segunda edición, 1 peseta.

En prensa

Procedimiento electoral en España, Historia del mismo y Crítica del sistema vigente.—Trabajo laureado en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo de Gracia (Barcelona), el día 17 de agosto de 1896.

Plumazos.—Colección de artículos literarios.

Precio de este folleto una peseta

00210116
009803

